

**II**  
**ACTIVIDADES**  
**SISTEMATICAS**

**ANUARIO ARQUEOLÓGICO**  
**DE ANDALUCÍA / 1991**

**ANUARIO ARQUEOLOGICO DE ANDALUCIA, 1991. I.**

Actividades Sistemáticas.

© de la presente edición: CONSEJERIA DE CULTURA DE LA JUNTA DE ANDALUCIA  
Dirección General de Bienes Culturales.

Abreviatura: AAA'91.I

**ANUARIO ARQUEOLOGICO DE ANDALUCIA 1991**

Anuario Arqueológico de Andalucía 1991. - [Cádiz] : Junta de Andalucía, Consejería de Cultura, Dirección General de Bienes Culturales, D.L. 1993.

3 v. : il. ; 30 cm.

Bibliografía.

D.L. CA-500-1993

I S B N 84-87826-60-1 (O.C.)

I: Memoria de Gestión. - 64 p. - ISBN 84-87826-61-X.

II: Excavaciones Sistemáticas. - 373 p. - ISBN 84-87826-62-8.

III: Excavaciones de Urgencia. - 560 p. - ISBN 84-87826-63-6.

1. Excavaciones arqueológicas-Andalucía-1991 2. Andalucía-Restos arqueológicos I. Andalucía. Consejería de Cultura, ed.  
903/904(460.35) "1991"

Imprime: INGRASA Artes Gráficas

Pol. Ind. El Trocadero. C/ Francia

11510 PUERTO REAL (Cádiz)

Depósito Legal: CA-500/93

I.S.B.N.: Obra completa 84-87826-60-1

I.S.B.N.: Tomo II. 84-87826-62-8.

# ESTUDIO DE MATERIALES ARQUEOLOGICOS DEL POBLADO IBERICO DEL "CERRO DE LA CRUZ" (ALMEDINILLA, CORDOBA). INFORME PRELIMINAR

DESIDERIO VAQUERIZO GIL  
FERNANDO QUESADA SANZ

## I. ACTIVIDADES DESARROLLADAS

Durante la presente campaña, nuestros esfuerzos se han encaminado hacia la creación de un marco global de referencia en el que encuadrar la redacción definitiva de la memoria de Excavación, que deberá centrarse en el estudio arquitectónico de las estructuras y en el estudio detallado del abundantísimo material hallado (VAQUERIZO GIL, QUESADA SANZ, e.p.), como paso previo a la interpretación global del yacimiento en su contexto geoeconómico e histórico. No vamos a insistir aquí en los objetivos y planificación de nuestro proyecto, que ya han sido suficientemente detallados en Informes anteriores y en trabajos ya publicados (VAQUERIZO GIL, 1990; QUESADA SANZ y VAQUERIZO GIL, 1990; MURILLO, QUESADA, VAQUERIZO, CARRILLO, MORENA, 1989).

El marco global a que nos hemos referido en el párrafo anterior comprende la realización de una serie de trabajos que, encuadrando actividades diversas –desde el dibujo a los análisis químicos–, construyan una estructura general en la que puedan encajar con limpieza los distintos estudios particulares en curso de realización, facilitando a la vez la proposición de una serie de hipótesis generales a contrastar en el registro arqueológico.

Algunos de estos trabajos han sido de carácter más mecánico (informatización de inventarios, realización de planimetrías, perfiles y alzados de muros) pero resultan imprescindibles para pasos ulteriores; otros dependen de la contribución de otras disciplinas (análisis antracológicos y de semillas), pero son previos a cualquier intento de reconstrucción medioambiental. Una última serie de actuaciones atienden a cuestiones más concretas y de mayor contenido interpretativo inmediato. El estudio de los materiales recogidos en una prospección superficial del Cerro de la Cruz se ha realizado con prioridad al análisis de los materiales hallados en contexto de excavación para ampliar nuestra perspectiva sobre las fases de ocupación en el conjunto del yacimiento y la posible extensión total del mismo. El estudio de los materiales capaces de proporcionarnos una aproximación más precisa a la datación absoluta (monedas, cerámica de barniz negro, etc.) tiende naturalmente a encuadrar la excavación en un marco histórico lo más preciso posible, complementando así en perspectiva histórica la perspectiva antropológica del estudio de funcionalidad de estancias cuya primera fase, el planteamiento inicial de hipótesis, es abordada en otro de los apartados de esta Memoria preliminar.

A continuación detallaremos los trabajos citados, que han sido realizados por distintos sub-equipos coordinados, insistiendo en aquellos de mayor contenido interpretativo (estudio de los materiales superficiales de la ladera Sur del Cerro, estudio de los materiales de barniz negro, etc.) y citando simplemente los de apariencia más mecánica (planimetrías, informatización...).

## II. MATERIALES DE PROSPECCION SUPERFICIAL DEL "CERRO DE LA CRUZ"

El "Cerro de la Cruz" constituye la cima de un espolón calizo de forma aproximadamente triangular; sus vertientes Norte y oeste tienen una pendiente extremadamente abrupta, que dificulta mucho y en algunos puntos hace imposible el acceso (FIG. 1), mientras que las vertientes meridional y oriental son accesibles y dan lugar a collados poco profundos. Esta dualidad se aprecia con claridad en el perfil topográfico, en la que se observa la fuerte pendiente sobre el río Almedinilla y la comparativa suavidad del acceso por el Este. En realidad, esta es una ubicación bastante típica para un poblado ibérico (LILLO CARPIO, 1981: 12 ss.; EIROA, 1989: 120, ss.), en tanto que cumplimenta bastantes de las condiciones ideales (facilidad de defensa aprovechando las pendientes naturales, pero contando al tiempo con un acceso practicable a ser posible por un sólo punto, amplia visibilidad y control del territorio circundante, proximidad al aprovisionamiento de agua, tierras cultivables y control de comunicaciones aunque formen parte de una red secundaria, etc.).

La visibilidad desde el cerro es amplia en todas direcciones, pero en especial hacia el norte, (dirección en la que se divisa el gran yacimiento del Cerro de las Cabezas de Fuente Tójar), el oeste (se domina la actual Priego y se observa sin dificultad en días claros el Cerro del Castillo de Carcabuey) y el sur (valle del Almedinilla y paso hacia la Provincia de Granada a través de las Sierras).

Sin embargo, este tipo de poblado plantea a menudo el problema de determinar su extensión, puesto que si no existe duda respecto a los límites por el norte y oeste, la suavidad de las vertientes sur y este unida al inevitable arrastre de materiales de las zonas altas a las bajas y a la aparente ausencia de fortificaciones hace difícil hallar una "frontera" conveniente. Por lo que se refiere al límite oriental, éste se halla sin duda en el espolón señalado con una X en la FIG. 1, porque más al Este la pendiente es en extremo acusada y las arroyadas en caso de lluvia muy fuertes. En dicho espolón se han hallado además algunos fragmentos de cerámica a mano que podrían indicar una ocupación preibérica.

Mucho más problemática resulta la delimitación por el sur. Las excavaciones de 1985 (VAQUERIZO, 1985) probaron que la posible línea de muralla, determinada por un fuerte aterramiento en la ladera del cerro aproximadamente 20 m. al norte de la actual verja de protección del yacimiento (FIG. 1), corresponde a un abancalamiento moderno, aunque lo corto del tramo excavado de bancalete (3 m.) nos impide asegurar que en otro punto dicha terraza no pueda apoyar sobre los restos de una muralla de época ibérica. Por otro lado, un sondeo al sur de dicha terraza, efectuado en 1989 (VAQUERIZO Y QUESADA, e.p.) sólo ha proporcionado restos muy arrasados de la cimentación de un gran muro con piedras de hasta 1 m. de longitud, calzado directamente sobre

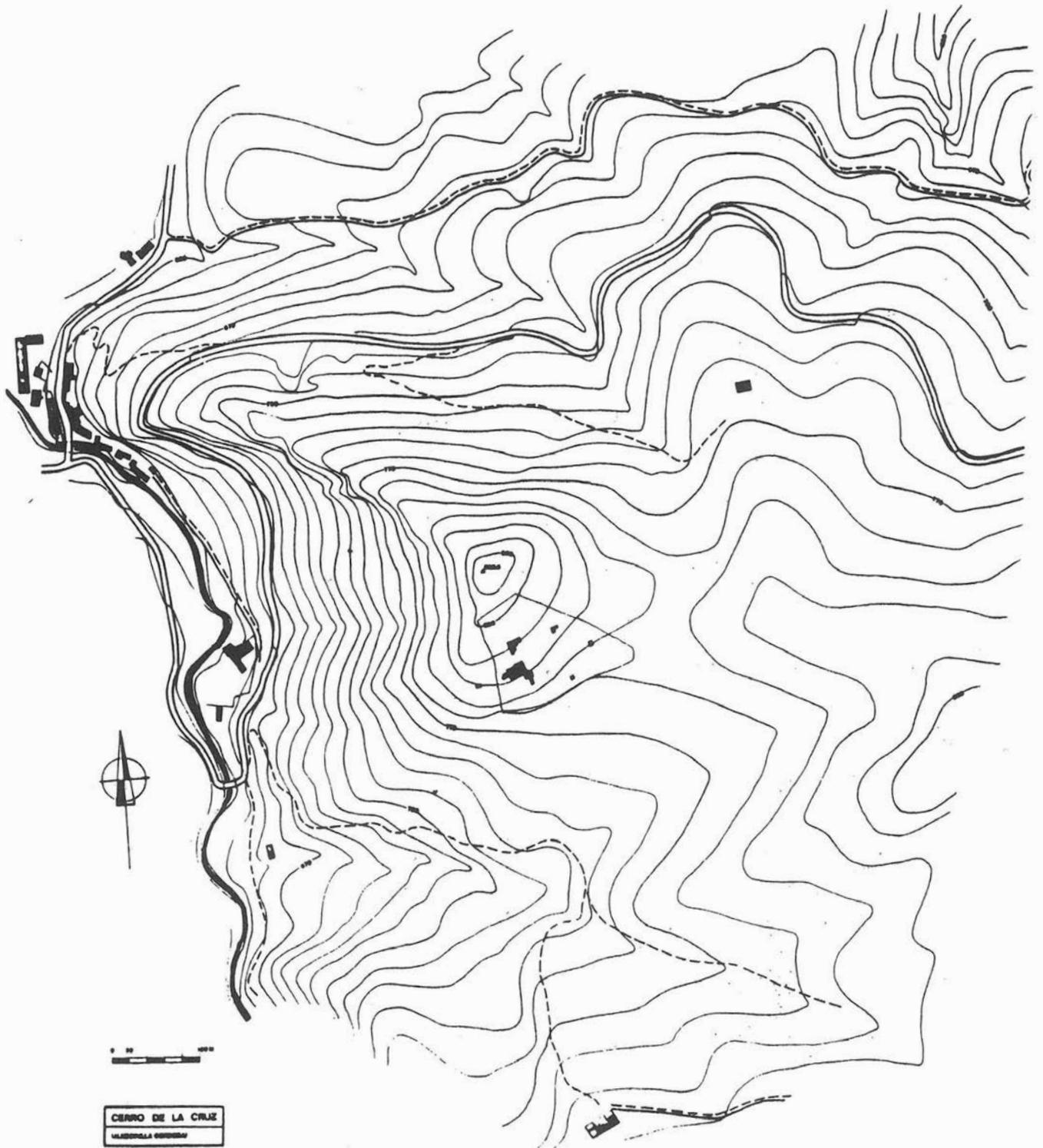


FIG. 1. Alzado fotogramétrico del Cerro de la Cruz con la localización de los sectores excavados



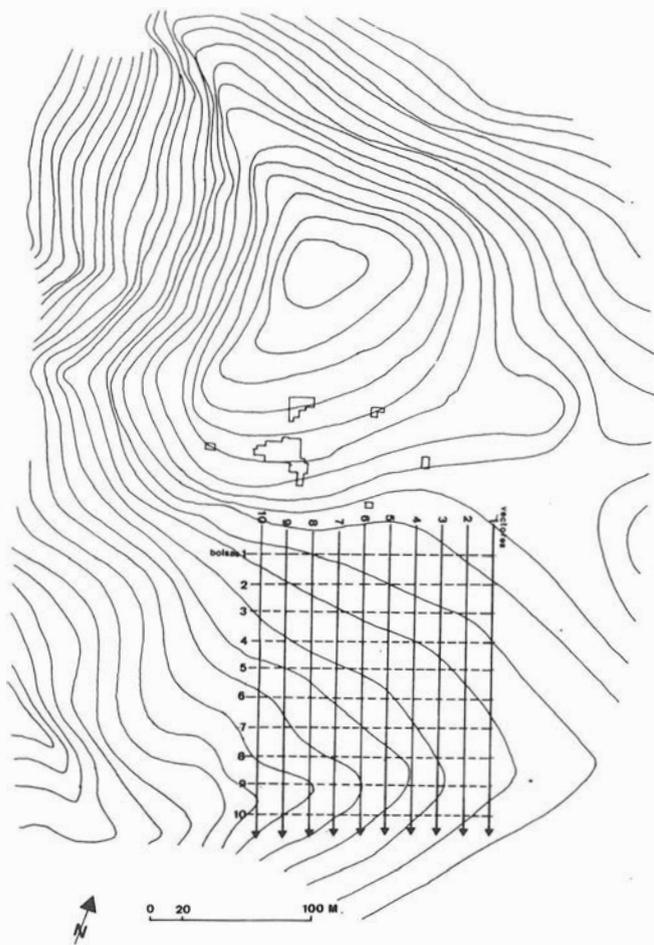


FIG. 4

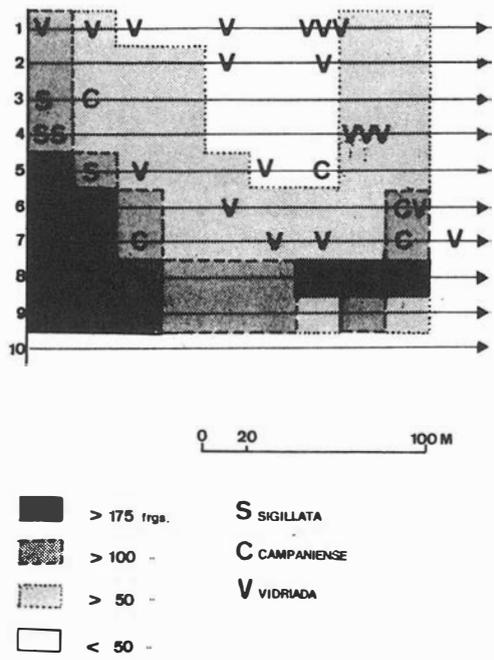


FIG. 5

variables, incluyendo el tamaño y tipo del vaso original y la acción del arado.

En cuanto a la cronología del material, podemos avanzar que la inmensa mayoría es cerámica a torno "ibérica", en principio de tipos de cronología baja similares a los hallados en la excavación y con una baja proporción de fragmentos pintados. La cerámica a mano es muy escasa y atípica, lo mismo que la medieval. Aunque todavía no contamos con resultados referidos a las formas cerámicas halladas, sí podemos presentar un avance de la dispersión de tres tipos significativos desde el punto de vista cronológico. Lo más notable es la aparición de 6 fragmentos de *Terra sigillata* hispánica, todos galbos de pequeño tamaño, algunos rodados y otros no. Se documenta así por primera vez una presencia romana altoimperial en esta zona, confirmada por los restos de escasas *tégulas*. Lo más interesante de estos fragmentos no es su número –porporcionalmente mínimo–, sino su misma presencia y sobre todo su zona de dispersión. No ha aparecido *terra sigillata* en el cerro propiamente dicho, ni en los más de 600 metros cuadrados excavados hasta ahora, y sin embargo en una área reducida al sur del último banal de aterrazamiento encontramos 6 fragmentos, que además se agrupan (FIG. 5) en el área de mayor concentración de material y de menor erosión del mismo, para desaparecer desde el metro 60 aproximadamente.

En segundo lugar, destacan 6 fragmentos de cerámica campaniense A, todos muy pequeños y rodados. Tres de ellos han aparecido en la periferia de la zona de máxima concentración cerámica, mientras que otros tres se hallan en o cerca de la segunda zona con mucho material, junto a la vaguada (FIG. 5).

Por último, la cerámica vidriada –algún fragmento medieval, la mayoría moderna– aparece dispersa en las zonas de menor concentración de material, y ausente de la zona donde se ha hallado *sigillata*, aunque sí se da en la parte baja. Todos los fragmentos son pequeños y rodados.

De toda la información que venimos resumiendo puede extraerse una primera hipótesis de trabajo, que deberá eventualmente ser constratada por otro medios. El poblado ibérico de Baja Epoca (s. II a.C.) del Cerro de la Cruz ocupa una extensión estimada en 3 Ha., con un urbanismo bastante denso y sin apenas espacios entre las edificaciones, a juzgar por los resultados de nuestras intervenciones y por las estructuras visibles en las numerosas excavaciones clandestinas. La única zona problemática es la meridional donde, según los resultados de la prospección, cabe suponer que hay asentamiento en dos puntos de la ladera al sur del último banal y de la verja de cerramiento moderna. El primero de ellos es el ubicado junto a la terraza, con una extensión aproximada de 0,5 Ha. o menor, donde el material es abundantísimo y poco rodado, y los fragmentos grandes. Podría suponerse que se trata de material rodado desde lo alto del cerro, pero la combinación de cantidad, alta proporción de fragmentos grandes sin rodar y sobre todo la presencia de tipos ausentes en el yacimiento excavado (*terra sigillata*, *tégulas*) nos hace pensar que en un momento del S. I-II d.C. hubo un pequeño núcleo romano rural en este punto, junto al asentamiento ibérico anterior pero en zona baja. El material en el resto de la zona prospectada, más rodado y menos abundante, sí nos hace pensar en arrastres, salvo en un punto junto a la vaguada donde de nuevo aumentan los fragmentos, además menos rodados, y donde vuelve a aparecer cerámica campaniense. En esta zona (de unos 1.000 m<sup>2</sup> o menor) pudo existir alguna edificación

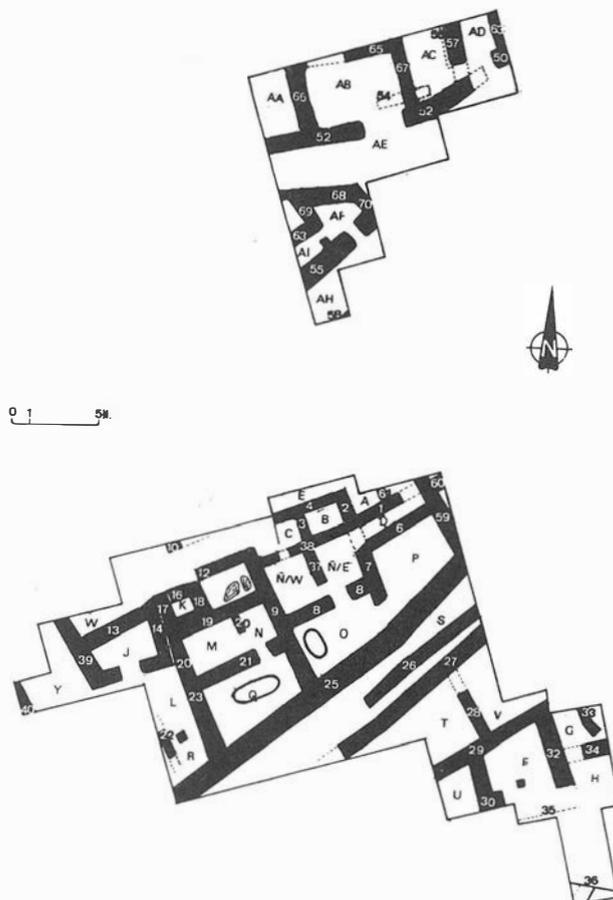


FIG. 6

relacionada o no directamente con el asentamiento ladera arriba o con el agua. Por último, la práctica ausencia de material en la contrapendiente parece indicar que en la altura situada frente a la vertiente sur del Cerro de la Cruz no hay asentamiento de ningún tipo, a excepción de la necrópolis que ocupaba una zona algo al este de esta loma, conocida como Los Collados.

### III. MATERIALES CON CRONOLOGIA ABSOLUTA

En los distintos sectores excavados del Cerro de la Cruz son proporcionalmente escasos los materiales capaces de proporcionar una datación absoluta para las estructuras; con todo, la campaña de 1989 proporcionó una cantidad suficiente de dichos elementos como para exponer ahora algunas consideraciones.

1) *Cerámica de barniz negro*: En los aproximadamente 600 metros cuadrados excavados desde 1985 hemos recuperado un total de 92 fragmentos de cerámica de barniz negro, casi todos ellos de cerámica Campaniense A y B, salvo escasos fragmentos indeterminables y dos o tres que probablemente sean áticos. A continuación analizaremos el material procedente del Sector Central y Norte (82 fragmentos, 89% del total), que ha sido clasificado contando con la inestimable ayuda de D. J. José Ventura Martínez.

El principal problema con el que tropezamos es que la gran mayoría de los fragmentos son galbos minúsculos y bastante rodados. La proporción de campaniense hallada en el nivel superficial de arrastre es alta, especialmente en las partes bajas de la ladera, y resulta poco fiable para datar las estructuras. Los escasos fragmentos de cerámica de barniz negro precampaniense hallados hasta ahora aparecen siempre en niveles superficiales, mezclados con otros materiales –incluso medievales– y muy rodados, procedentes con toda probabilidad de la parte más alta del cerro.

En cuanto a la *dispersión* de los materiales en los niveles no revueltos, cabe apuntar los siguientes datos:

a) No se da una concentración especial en ninguna estancia concreta.

b) La inmensa mayoría de los puntos corresponden a fragmentos pequeños y en muchos casos atípicos, aunque hay algunos trozos interesantes en la zona de basurero “S”. En realidad, sólo en dos lugares han aparecido sendas piezas prácticamente completas: una copa de forma 68 L (3131M) de Campaniense A sobre el suelo de la calle AE; y un plato de Campaniense B de excepcional calidad, de la forma 6aL (1443i M) en el pasillo D, junto a un gran conjunto de pesas de telar. Estos datos contrastan con algunas noticias sin confirmar, según las cuales en algunas estancias “excavadas” por saqueadores clandestinos al este del Sector Central habrían aparecido grandes cantidades de piezas de barniz negro.

c) El resto de los fragmentos se reparten de forma aproximadamente homogénea por casi todos los departamentos.

Por lo que se refiere a los *tipos representados* llama en primer lugar la atención el predominio de la copa de las formas 48 y 68 (3120, 3130M) de Campaniense A entre los vasos de beber (al menos 6 vasos), predominio acentuado por la presencia de tres fragmentos perfectamente identificables de imitaciones ibéricas de la forma 68L, alguno de ellos hallado en la misma estancia que fragmentos de barniz negro “original” de la F. 68 (estancia AB). Dichas imitaciones se realizan en pasta gris depurada y recuerdan mucho a producciones ya documentadas en el área levantina (para un paralelo cercano, ARANEGUI, BONET, MATA, 1981; ver también BONET y MATA,

1988), por lo que podrían ser ellas mismas importaciones de esa zona, habida cuenta que se han documentado también restos de una jarrita de tipo gris ampuritano en el Sector Central de nuestra excavación. Curiosamente, la jarrita ampuritana y la imitación de F. 68 se repiten asociadas en el pequeño asentamiento valenciano del Puntal dels Llops, datado igualmente en Baja Epoca Ibérica, y abandonado a principios del s. II a.C.

No hemos documentado ningún fragmento de las formas cerradas, mucho más raras, mientras que en cambio abundan los fragmentos de formas abiertas, platos y cuencos, casi todos de Campaniense A. Destaca entre estas formas la 55L con al menos cinco ejemplares, junto con bordes de piezas de tipo 25L y/o 27bL (FIG. 12.9 y 15-16), 28a/bL y 28 cL (2610/2648M), así como un fragmento de borde de F.31 o 33L con pintura blanca al interior de Campaniense A, hallado lejos de una base decorada de F. 33aL (2154M) que, según J.J. VENTURA, pertenecería a una producción bastante más antigua que el resto de las piezas que venimos comentando, de fines del s. III o principios del II a.C. (MOREL, 1980: 102). También se conserva un muy pequeño y rodado fragmento de F23L de Campaniense A. No olvidemos por último la F6aL de Campaniense B ya citada antes, asociada sin duda a un fragmento de F27L y otro de F55L de Campaniense A.

En cuanto a la *Cronología* que nos proporciona la cerámica de pigmento negro (BELTRAN, 1990: 19) del Cerro de la Cruz, cabe indicar:

a) La cerámica precampaniense –probablemente de barniz negro ático– se reduce a escasos fragmentos de base –dos de ellos extremadamente rodados–. Todos ellos presentan una pasta rosacea de gran calidad y tienen en reserva el anillo de la base (¿cíclica 4220M?) o la ña interior (¿bolsal 4160M?). Dado su estado extremadamente fragmentario, sólo cabe proponer una cronología muy general en el s. IV a.C. para estas piezas.

b) Un 77% de los fragmentos que hemos citado –que constituyen una muestra proporcional del total recuperado, incluyendo glabos– corresponde a cerámica campaniense A, que es absolutamente mayoritaria frente a un 3,3% de Campaniense B y un escaso 10% de precampaniense. Dentro de la cerámica campaniense A, una revisión de las formas y tipos que reproducimos nos lleva –siguiendo a Morel (1980, 1981), cuyas posturas han sido a su vez aceptadas por otros investigadores (p. ej. PEREZ BALLESTER, 1986)– a postular que se trata de un conjunto bastante homogéneo de material de la ‘campanienne A moyenne’ de Morel, exportada en el período de c. 190-100 a.C., con formas 27, 55, 68, 31, típicas de ese período. Las formas anteriores, de fines del III-principios del II, están pobremente representadas (un fragmento de forma 33 decorado y otro de forma 23, ambos de tipología exacta imprecisa). Las formas posteriores de campaniense A (1, 5/7 a, 113) están ahora ausente, aunque tengamos el vaso de forma 6 la de Campaniense B.

c) La calidad de pasta y pigmento de esta última pieza, sus paralelos más próximos en el catálogo de Morel (1981: 1443h, i; 1445a para el borde...), junto con el contexto inmediato a que se asocia (F55 y F27), dentro además del ambiente cerámico general que venimos describiendo, nos hacen pensar que los escasos fragmentos existentes de Campaniense B corresponden al período más antiguo de dicha producción, dentro de la segunda mitad del s. II a.C., toda vez que la forma también existe en Campaniense A.

#### 2) *Monedas*

Aunque según noticias indirectas los excavadores clandestinos han recogido abundantes moedas en el Cerro de la Cruz,

las excavaciones oficiales sólo han proporcionado cuatro, todas ellas en la campaña de 1989 y en la misma zona (Sector Norte).

La primera de ellas, aparecida en un nivel superficial con materiales revueltos de L16, es un denario romano republicano en excepcional estado de conservación (FIG. 11). Presenta en el anverso cabeza galeada de Roma a la izquierda, con gráfila; el reverso muestra una cuadriga a la derecha, los caballos con las patas delanteras levantadas. Bajo la línea del suelo (o de exergo), leyenda L. SATVRN; marca de control S bajo las patas delanteras de los caballos. Gráfila. Según CRAWFORD (1974: Lám. XLII y pp. 323-324), se trataría de un denario (tipo 317/3b) de la ceca de Roma acuñado en 104 a.C., posiblemente por un Lucio Apuyelo Saturnino, tribuno de la Plebe en 103 y 100 a.C. y cuyo tipo de Saturno en cuadriga es una alusión al *cognomen* del acuñador. El problema planteado por esta moneda es su fecha tardía en comparación con el resto del material datable, en especial si tenemos en cuenta la posible perduración de un tipo que, acuñado en Roma en 104, pudo llegar a la Península Ibérica mucho después. Es difícil adscribir esta moneda al período concreto en el que hubiera estructuras habitadas: es posterior a la destrucción del poblado excavado y fue recuperado casi en superficie, por lo que no debe pertenecer a él. Podría hipotéticamente ser relacionado con el pequeño hábitat altoimperial documentado en la falda sur del Cerro de la Cruz, toda vez que se conocen perduraciones monetales durante márgenes de tiempo que abarcan incluso varios siglos. Contra esta posibilidad milita el hecho de que la pieza apenas está desgastada por el uso (FIG. 11).

Más homogéneo parece el conjunto de tres ases romanos de bronce del tipo Jano-Proa, halladas en el Sector norte. Agradecemos a Dña. Carmen Marcos sus observaciones sobre estas piezas, en especial los datos sobre los pesos medios de las series conservadas en el M.A.N. de Madrid y sus interesantes opiniones sobre la perduración conocida de los diversos tipos y la asociación de monedas con fecha de acuñación muy variable.

Uno de los ases apareció sobre el pavimento del departamento AB (contexto AN), junto a la acumulación de pesas de telar en la esquina Sureste de la estancia, al lado de un asa de la forma 68 L de Campaniense A, todo ello cubierto por el derrumbe de los muros de la habitación. La pieza está parcialmente fundida por efecto del calor del incendio que destruyó el poblado, huellas del cual se hallan por doquier en forma de vigas quemadas, vasos calcinados, plomo fundido, etc. El Jano del anverso, bastante dañado, parece tener sobre la cabeza la marca de valor I, mientras que en el reverso, con proa a la derecha y leyenda "ROMA" debajo, la existencia de dicha marca frente al espolón es dudosa. Dado el estado de conservación de la moneda, es difícil adscribirla a una serie concreta, pero por el peso de la pieza (42.5 gr.) y las distintas posibilidades de clasificación, cabe aventurar una datación de finales del s. III a.C.

Una segunda moneda se halló en la misma habitación, en el contexto C, derrumbe de tapial y adobes que no dió mucho material, pero que contenía objetos del interior de la estancia revueltos en el momento del violento derrumbamiento de los muros (por ejemplo, la pieza hembra del molino de este departamento apareció fragmentada y a una cota muy superior a la de la muela macho que se conservaba *in situ* sobre el suelo). Se trata también de un as del tipo Jano-Proa, con marca de valor I sobre la cabeza en el anverso y delante de la proa en el reverso, que presenta bajo la nave la leyenda "ROMA", y sobre el castillo de proa lo que pudieran ser las letras "AT" unidas, quizá una abreviatura de *Attilius* o *Attius*, aunque tal

signo no se aprecia con claridad en la fotografía. A partir de ésta última, la pieza ha sido clasificada por C. Marcos como perteneciente a la serie 197/1 8B/1b de CRAWFORD, de taller romano y fechada en el 157-156 a.C. El peso de nuestra pieza es de 22.35 gr., mientras que el peso medio de las monedas de esta serie en el MAN es de 25 gr.

La tercera pieza (FIG. 12) apareció en la zona de la puerta entre la estancia AF y la posible calle AH, en un contexto (AW) con mucho material. Es una pieza de serie anónima, acuñada en Roma, del tipo de CRAWFORD RRC 56/2. El anverso presenta un Jano bifronte con marca de valor I sobre el castillo de proa. Debajo, leyenda "ROMA". Está bastante desgastada, y su peso actual es de 33.5 grs. La serie 56/2 presenta un peso medio de 44.42 gr. en el M.A.N. de Madrid, mientras que las monedas de la misma serie conservadas en el British Museum tienen un peso medio de 42.95 gr. La serie es datada por Crawford desde el 211 a.C., sin límite inferior.

La cronología que se pueda asignar a estas piezas deriva de su tipología pero también de su peso, que es de 33.5, 22.35 y 42.5 gramos. Tratándose en los tres casos de ases, cabe destacar las primeras emisiones, y debemos centrarnos en el as sextantal de c. 213-211 a.C. (con un peso teórico de 54.5 gr.) y en el as uncial de c. 170 (27 gr.). Hay que recordar además que entre el 194-180 a.C. se acuñan un número considerable de series con un patrón metrológico sextantal reducido basado en un as de 31.5 gr. En torno al 150 a.C. deja de acuñarse este tipo de bronce para no reaparecer hasta fines del siglo, siendo reducido a peso semiuncial por la *Lex Papiria* de 91 a.C. pero ya con módulo y tipos distintos (marca ELPP, etc.).

El principal problema a la hora de seguir los pesos como criterio radica en que ni las propias monedas son fiables por su corrosión y desgaste, y por haberse fundido parcialmente, ni los propios pesos teóricos fueron seguidos en su momento con algo parecido a precisión, produciéndose grandes oscilaciones (GRUEBER, 1910: 87). Pese a todo, el conjunto de tres monedas debe fecharse teniendo en cuenta la de datación más reciente. Una diferencia de 50 o 60 años entre la más antigua y la más moderna no es significativamente dada la enorme perduración que estos bronces parecen tener. Por ello parece razonable una datación en la segunda mitad del s. II a.C., incluso dentro del último tercio del siglo, coincidente por otro lado con la que hemos obtenido para la cerámica campaniense.

### 3) Fibulas

La única fibula hallada hasta ahora apareció en el interior del aljibe de la estancia Q, (cota -7.40), en el primer nivel fértil del mismo, correspondiente a un momento de amortización cuando el aljibe ya estaba fuera de uso a juzgar por el estrato inferior de arena suelta y estéril.

Se trata de una fibula con esquema de La Tène, de la que sólo se conserva el puente y parte del resorte, faltando el eje. La fibula estaría construida en origen con tres piezas (agradecemos al Dr. J. Storch de Gracia sus precisiones sobre la técnica de fabricación de esta fibula, así como con su período de utilización), de las cuales se ha perdido el eje, que pudo ser de hierro o quizá de bronce. El resorte de 6 espirales por lado está deformado y ha perdido la aguja y la cuerda. El puente de bronce, de sección triangular simple sin acanaladura para decoración incrustada, está también incompleto, puesto que nos falta el apéndice en forma de bellota o tonelete, que

debió estar muy vuelto sobre el puente pero sin llegar a soldarse sobre él.

Esta fibula se encuadra dentro del Grupo III de Cabré y Moran (1979: 11), pero resulta imposible definir la variante por la pérdida del apéndice caudal. Este grupo III se forma en la clasificación de estos autores por derivaciones meseteñas del esquema clásico de La Tène I, y sería consecuencia tipológica (CABRE y MORAN, 1982: 13) de las fibulas ibéricas que E. Cuadrado (CUADRADO, 1978) clasificó en su grupo 3, teniendo por tanto una datación posterior. Para Cabré y Morán, la abundancia de fibulas de su grupo III en la zona meseteña y su comparativa escasez en el área ibérica implica que las piezas de este tipo halladas en territorio ibérico deben ser consideradas como importaciones meseteñas (CABRE y MORAN, 1982: 13), opinión con la que no coinciden investigaciones más recientes (STORCH de GRACIA, com. pers.) que han documentado una enorme cantidad de piezas de este tipo en territorio andaluz, con seguridad fabricadas en él.

Así pues, y por lo que se refiere a la cronología de esta pieza, cabe señalar que según CABRE y MORAN (1982: 17) el tipo se origina en la Meseta oriental por imitación de las fibulas ibéricas de una sola pieza hacia mediados del s. IV a.C. (CUADRADO, 1978: 312 ss.). Las dos series a las que podría pertenecer nuestra fibula tienen una muy larga perduración, llegando hasta mediados del s. II a.C. (Numancia y campamento de Renieblas en Soria, tumbas tardías de Arcóbriga, etc.) e incluso hasta el cambio de Era (langa de Duero). Estudios recientes de fibulas andaluzas –desgraciadamente sin contexto preciso en la mayoría de los casos– confirman esta amplia perduración y permiten sostener la hipótesis de una fabricación en territorio ibérico. Por tanto nuestro ejemplar podría pertenecer tanto a una fase más antigua del poblado como al momento del s. II a.C. en que éste fue destruido.

Además de la pieza que hemos estudiado, en la campaña de 1989 fueron recuperados dos fragmentos de puente de fibula de bronce en mal estado de conservación, ambas en la estancia AB del Sector Norte. No podemos avanzar todavía una opinión sobre los mismos al hallarse en fase de restauración.

\* \* \*

En conclusión, cabe proponer por la presencia de escasos fragmentos de barniz negro ático –se pueden contar con los dedos de una mano– la existencia de un posible poblado del s. IV a.C., cuyas estructuras no han sido localizadas en la zona excavada, y que por tanto pudo estar en la zona más alta del cerro –hoy arrasada por la erosión y los sistemas de trincheras de la Guerra Civil–, o quizá en su vertiente Este. Dicho poblado pudo prolongarse durante el s. III a juzgar por los escasísimos fragmentos informes de cerámica de pigmento negro que pudieran pertenecer, por sus características técnicas y por eliminación, a producciones protocampanienses (VENTURA, com. pers.).

Para las estructuras hasta ahora exhumadas se puede aceptar una sola fase de ocupación no muy prolongada, que concluye con una destrucción violenta en una fecha imprecisa en torno a la segunda mitad del s. II a.C., quizá en el último tercio del siglo teniendo en cuenta la probable perduración de piezas en una zona comparativamente marginal como la Subbética (QUESADA y VAQUERIZO, 1990: 25), y la presencia de escasa Campaniense B. Si esa destrucción fue intencionada o no es difícil precisarlo, pero una serie de factores (que la destrucción sea general en zonas separadas por cerca de 100 metros, que no haya rebusca entre los restos ni estructuras posteriores) nos hacen inclinarnos por esa posibilidad.

Durante algún tiempo nada sabemos sobre una posible ocupación del cerro, salvo la presencia de un solitario denario acuñado en 104 a.C. En época altoimperial parece ocuparse de nuevo una zona reducida al pie de la vertiente meridional del cerro de la Cruz, cerca de lo que hoy es un arroyo estacional pero que no hace muchos años era casi permanente. En época bajoimperial la población de la zona debe gravitar en torno a la cercana villa de “El Ruedo”, mientras que el cerro de la Cruz no será reocupado hasta época medieval, documentada por escasas estructuras construidas pero sobre todo por abundantes zanjas y pozos (VAQUERIZO y QUESADA, e.p.; VAQUERIZO, e.p.).

La conclusión inicial de mayor alcance de lo que decimos es que se está documentando en el Cerro de la Cruz la existencia de un poblado típicamente ibérico en sus materiales, pero muy influido en aspectos estructurales (aljibes, molinos) por el mundo helenístico –y empleamos conscientemente este término en lugar de precisar “púnico”, “romano” o “griego”–; todo ello, además, en un momento en que la presencia romana en la Bética se ha consolidado hace casi tres cuartos de siglo. Esta ausencia casi total de “romanización” en un poblado tan tardío no debe sin embargo sorprendernos en exceso, dada su situación geográfica y el *caveat* que nos proporciona el reciente estudio de A.M. Muñoz sobre el Cerro de Minguillar (Iponoba) en la campiña cordobesa, en zona mucho más abierta y que sin embargo recibe también una muy tardía romanización (MUÑOZ, 1987: 68; QUESADA y VAQUERIZO, 1990: 37-38).

#### IV. APROXIMACION A LA FUNCIONALIDAD DE LOS RECINTOS EXCAVADOS

La gran ventaja que proporciona la excavación del Cerro de la Cruz para los análisis de tipo microespacial radica precisamente en que la destrucción violenta de los departamentos que ya ha sido descrita en otros trabajos (VAQUERIZO, e.p.; QUESADA y VAQUERIZO, 1990: 31) provocó que bajo los derrumbes de techos y paredes y bajo las cenizas del incendio quedaran sepultados todos los materiales propios de la vida cotidiana de un poblado en un momento concreto de su existencia. Las FIGS. 20, 21 y 22 muestran con claridad cómo en varios puntos distintos y separados entre sí hasta 100 metros la lectura de los distintos perfiles nos informa siempre de un potente derrumbe de muros de adobe y tapial sobre el suelo de las diferentes estancias, donde entre abundantes cenizas aparecen, aplastados y rotos pero completos, todos los materiales cerámicos y de otros tipos propios del desarrollo de la actividad cotidiana. Cuando se ha dado el caso de que además se ha conservado buena parte del alzado de adobe de los muros (como en el Dpto. 0 o en el P, FIG. 23), los materiales han aparecido incluso físicamente protegidos por las propias paredes. El hecho de que no hubiera una reocupación de esta parte del poblado hasta época medieval ha facilitado aún más la conservación de las estructuras y su contenido, de manera que un estudio detallado de los conjuntos recuperados en cada habitación tiene cierta garantía de trabajar sobre la casi totalidad de los materiales utilizados en un momento dado en un poblado ibérico.

A continuación resumiremos cuatro estudios preliminares referidos a distintos conjuntos recuperados en diferentes estancias, todos ellos encaminados a dotar de un contexto al análisis tipológico particularizado de los tipos en que estos materiales puedan ser clasificados y a plantear distintas hipótesis preliminares que están siendo contrastadas con el ulterior estudio de detalle.

Un ejemplo de las posibilidades del estudio de los materiales hallados en estas condiciones en una excavación en área es el que recoge los hallazgos de pesas de telar y fusayolas en contexto no revuelto en los Sectores Norte y Central. Se aprecia, por comparación con los almacenes de ánforas recogidos, una máxima concentración en departamentos distintos. Por lo que se refiere a las *pesas de telar* y excluyendo las piezas sueltas (que aparecen sobre todo en la posible calle AH y en el casurero S, y perfil del basurero con las capas de basura “higienizadas” por capas de tierra), estos objetos se concentran en grandes depósitos como el de la estancia Ñ/E, que contenía un conjunto de casi 100 piezas. Otros depósitos menores pudieron corresponder a telares; se ha calculado que un telar capaz de fabricar vestiduras debía requerir entre 65-70 pesas (CASTRO CUREL, 1986: 175), pero cabe pensar que los hubiera menores a juzgar por el tamaño de los principales conjuntos documentados en el Cerro de la Cruz: 39, 45, 55 y 22 pesas, amén de otros depósitos menores. Sólo en un caso (estancia AB) parece que el telar estuvo en un sitio funcionalmente adecuado, donde no estorbara y en lugar iluminado, (CASTRO CUREL, 1986: 170), porque en otros puntos los posibles telares se ubican en pasillos muy estrechos (espacio D) o en habitaciones traseras donde debió disponerse de poca luz (espacio Ñ/W), por lo que cabe de nuevo plantearse si se trata de lugares de trabajo o de almacenes en los que se guardan las pesas (cosa probable en el espacio D) o incluso los telares completos. En el caso del sector central, un espacio adecuado para colocar un telar pudo ser el Dpto. 0, pero ya veremos más adelante la problemática que plantea la acumulación de posibles actividades en esta estancia. Una parte del conjunto de pesas de esta estancia (17 piezas) procede del depósito de Ñ/E, de donde han pasado a través de la puerta que comunica ambos departamentos posiblemente al hundirse la estantería que las albergara como consecuencia de la destrucción del edificio.

Cabe por último añadir que en distintos depósitos han aparecido marcas impresas sobre las pesas de telar, quizá como indicativo de los distintos talleres en que pudieron ser fabricados. Tenemos así, por ejemplo, las pesas con un círculo en el que aparecen dos figuras humanas en pie y enfrentadas. Estas marcas no son excepcionales (RUANO, 1989; PITA MERCE, 1960-61), y aparecen en distintos contextos ibéricos, en especial de Baja Epoca.

Por lo que se refiere a las *fusayolas*, asociadas funcionalmente con el trabajo textil (CASTRO CUREL: 1980), su tipología es en general bitroncónica con ocasionales decoraciones en forma de motivos creados por punteado impreso. Desde el punto de vista de su distribución microespacial, que es el que ahora nos ocupa, cabe resaltar cómo su distribución coincide notablemente con la de las pesas de telar. Así, hay algunas en el basurero “S” y en las posibles calles AE y AH, pero los conjuntos mayores se asocian a los lugares de mayor concentración de pesas. Por ejemplo, se han hallado 10 fusayolas en la estancia AB, en el mismo espacio en que se excavó un depósito de 39 pesas, y en el departamento 0 pudimos recuperar 14, asociadas a otras 25 pesas de telar. Del mismo modo, en los espacios donde escasean estas últimas también aparece escaso número de fusayolas (Dptos. L, R, I, P...). Una excepción la constituye el conjunto de depósitos de pesas en las habitaciones traseras Ñ/E, Ñ/W y D, donde no se han documentado fusayolas pese a abundar las pesas. De acuerdo con una primera interpretación podríamos propo-

ner que las fusayolas se asocian a pesas en lugares de trabajo efectivo, mientras que no aparecen en zonas de almacenaje.

## 2) *Depósitos de ánforas: almacenaje a media escala*

Un segundo ejemplo de las posibilidades que nos ofrece el Cerro de la Cruz es el análisis de la ubicación de los depósitos de ánforas y su relación con otros espacios.

Estos depósitos llegan a ocupar la mayor parte del espacio disponible de ciertas estancias, si no la totalidad, mientras que en otros departamentos son un elemento más pero no el predominante, ni por el volumen que ocupan ni proporcionalmente en relación a otro tipo de piezas. En cambio, en los “almacenes” que comentamos son el tipo cerámico predominante casi en exclusiva. De todos modos, debemos apuntar la posibilidad de que en ciertos casos algunos de estos “almacenes” debieron ser sótanos o semisótanos más que estructuras a nivel del suelo de vivienda, caso de los conjuntos de la estancia L y –quizá– de AI, con acceso a través de trampillas en el suelo o algún medio similar.

En la mayor parte de los casos que hemos documentado, estos “almacenes” contienen conjuntos de más de 10 ánforas –ocasionalmente más de 30, espacio P–, de más de un metro de altura y cuarenta centímetros de diámetro, lo que da idea de su capacidad. En este momento realizamos estudios tendientes a calcular el volumen en litros de estos recipientes por tratar de estimar la capacidad para abastecer distintos tamaños de unidad de población, aunque esto supone en primer lugar determinar su contenido original, problema no siempre fácil de solucionar. En efecto, en algún punto (estancia BB, Sector Este) parece que las grandes vasijas de almacenamiento contuvieron grano, mientras que en otros (espacio L, Sector Central), el hallazgo de dos vasitos caliciformes en el fondo de un ánfora completa sugiere que el recipiente contenía algún líquido que se extraía con el vaso pequeño hasta que en un momento dado éstos cayeron al interior y no se pudieron recuperar por la gran altura del ánfora en relación con la longitud del brazo humano, de forma que quedaron abandonados. Si por un lado podría inferirse un predominio del almacenamiento de líquidos en el caso de las ánforas propiamente dichas, la abundancia de molinos harineros (*vid infra*) y de otros grandes vasos de boca más ancha hace pensar que es el grano el que juega un papel más importante. Esto es algo que sólo podrá quizá resolverse cuando estén disponibles los resultados de los análisis carpológicos y cuando podamos disponer de estadísticas completas de los distintos depósitos de vasos de almacenamiento.

## 3) *Análisis microespacial y funcionalidad de los espacios*

La FIG. 28 nos facilita una primera aproximación al estudio de conjunto de los Sectores Central y Norte desde el punto de vista de la funcionalidad de los espacios. A continuación expondremos algunas consideraciones resultado del análisis global de la distribución de algunos elementos clave dentro del área hasta ahora excavada, que nos han permitido formular una serie de hipótesis preliminares que actualmente contrastamos.

Han de tenerse en cuenta en primer lugar las zonas abiertas y de paso, que deben a su vez subdividirse según sus características peculiares. Las posibles calles AE y AH (FIG. 6), pavimentada la primera con una gran cantidad de fragmentos cerámicos apisonados, apenas han dado material, y parecen haber conservado su carácter de zona de tránsito hasta la destrucción del yacimiento. En cambio, el espacio S ubicado al

sur del gran muro 25 (FIG. 6), y en menor medida el espacio G, parecen haberse utilizado durante un período de duración todavía indeterminada como basureros, según se desprende de la alternancia de capas de tierra suelta cenicienta rica en materia orgánica con capas de tierra arcillosa limpia, utilizada quizá para higienizar los depósitos de basura. De hecho, la tierra limpia es casi estéril, mientras que las capas de tierra cenicienta, que en el espacio S buzan hacia el sur como si se hubieran arrojado desde la terraza superior, han proporcionado numeroso material óseo y bastante material cerámico y de otro tipo (alguna fuyasola, fragmentos de un peine, etc.). Un primer análisis del material óseo recogido en el espacio G durante la campaña de 1985 arroja los siguientes resultados: 18 fragmentos identificables de ovicaprino, 17 de conejo-liebre, 1 de suido y hasta 127 de cévido, junto con 26 de cánido, aunque no disponemos de datos sobre NMI.

Pero desde el punto de vista del material mueble asociado a estructuras que impliquen actividad doméstica y/o artesanal, resultan aún más interesantes las estancias cerradas, que nos ofrecen una acumulación de estructuras de trabajo y de material cerámico y de otro tipo que llama la atención por su gran volumen y abigarramiento, aunque nuestro caso no parece excepcional según se desprende de trabajos recientes realizados en otros hábitats con destrucción violenta (BURILLO, SUS, 1986; BERNABEU, BONET, GUERIN, MATA, 1986; JUNYENT, BALDELLOU, 1972), y plantea el problema de si nos hallamos ante una vivienda normal o una estancia de otro tipo, destinada a actividades productivas, asunto que también es causa de preocupación para otros investigadores (BURILLO, SUS, 1986: 22). Nuestra hipótesis inicial, que explicitaremos más adelante, se inclina por la segunda opción.

Los materiales muebles parecen guardar una cierta coherencia en su distribución, como se desprende del menor número de piezas en los espacios de paso (salvo cuando el derrumbe de techos y paredes ha arrastrado las piezas) y de aspectos más concretos como la separación de depósitos de vasos de almacenamiento de los de pesas de telar, o la asociación de fusayolas y pesas de telar ya comentada. Del mismo modo, resulta coherente que en las zonas de basurero y/o paso aparezcan algunas piezas de esos tipos pero con carácter aislado en comparación con las estancias cerradas (FIG. 8).

Por otra parte, junto con los materiales muebles hay que tener en cuenta una amplia serie de estructuras que reflejan actividades artesanales distintas, y que enriquecen y complican el panorama. Así por ejemplo, en el Cerro de la Cruz son muy abundantes los *aljibes* excavados en la roca (uno de los cuales fue limpiado en la campaña de 1985, no sólo al exterior de las estancias (conocemos al menos cuatro visibles en distintos puntos del cerro), sino también *dentro* de los departamentos (FIG. 10). Ninguna de las dos soluciones es excepcional en el mundo ibérico: gran cantidad de aljibes aparecen dispersos en el Castellar de Meca en Valencia (BRONCANO, 1986), y están perfectamente documentados –con una tipología muy similar a la del Cerro de la Cruz– en la Ampurias helenística. La capacidad de los aljibes exteriores, de hasta 8 metros de eje mayor y profundidad indeterminada pero mayor de cuatro metros parece en general superior a la de los aljibes interiores, que en los dos casos hasta ahora documentados alcanza unos ocho metros cúbicos. Que el contenido de estos aljibes era líquido se desprende claramente de su forma, de sus detalles constructivos (rebanco de decantación en el fondo), del revestimiento hidráulico de sus paredes (en los aljibes de interior) y sobre todo del canalillo de plomo que, colocado en la esquina SW del aljibe de la estancia Q, debía

actuar como desagüe o rebosadero. Por lo que se refiere a su método de cubrición, nada sabemos sobre los aljibes exteriores (salvo que no hay restos de arranques de bóvedas), pero podemos indicar que en la zona excavada uno de ellos (estancia Q) estaba cubierto por grandes lajas de piedra que dejaban un espacio cuadrangular en el centro, mientras que el de la estancia O debió cubrirse con planchas de madera, a juzgar por los restos de vigas calcinadas hallados en su interior y la ausencia de lajas de piedra.

Estos depósitos de líquido –presumiblemente agua– plantean todavía una serie de cuestiones, referentes por ejemplo a la forma de llenado ¿espacio abierto en el techo?, a los problemas de humedad que debía causar una masa de siete u ocho mil litros de líquido al lado de un molino de grano (FIG. 10), a los sistemas de desagüe y limpieza, etc., para lo que es indispensable recurrir al método comparativo con otros yacimientos.

Otros elementos relativamente frecuentes son los *molinos*, de los cuales hemos podido documentar dos completamente *in situ* (estancias O y AB, FIG. 28) y otro ligeramente desplazado (estancia AI), además de numerosos fragmentos desplazados e incluso reutilizados en muros medievales muy posteriores (estancia AB, muro 54). Con una tipología muy tardía, se asienta el macho fijo de forma tronconónica sobre una plataforma circular de piedra y adobe con un canalillo perimetral en el que caía la harina. La hembra móvil en forma de gran anillo ha aparecido en los tres casos rota junto al macho. Es curioso que el molino del Dpto. O se colocara casi en el paso obligado entre las estancias O y P, frente a una puerta perfectamente documentada, en una posición necesariamente incómoda (FIG. 3). En cambio, el molino del Dpto. AB, situado en una esquina de la habitación opuesta a aquella en la que según hemos visto debió situarse un telar resulta más lógico. En cambio, no hemos localizado en dicha estancia los restos de grano a punto de ser molido que se recuperaron en la habitación O. La localización de hasta siete molinos en un espacio menor de 600 metros cuadrados indica una considerable actividad de molienda. Lo que resulta en principio más extraño si nos encontramos ante un área especializada en la transformación de alimentos es que los molinos se asocien a telares (o al menos a almacenes de pesas de telar) y ocasionalmente a grandes depósitos contiguos de agua. Si hay una especialización zonal, esta es en cualquier caso limitada a una actividad general de transformación/producción, sin una especialización más concreta.

En ninguno de los recintos hasta ahora excavados hemos podido documentar *hogares*, hecho significativo desde el punto de vista de la funcionalidad que se deba adscribir a estas estancias. Ni hay plataformas de adobes quemados por la acción constante y repetida del fuego de un hogar, ni superficies de adobe y cerámica machacada, ni otros restos de este tipo que denuncien la existencia de esta estructura fundamental en la unidad de vivienda. Junto a las otras evidencias que venimos comentando, esto parece apuntar en el sentido de una especialización del área hasta ahora excavada. Enseguida veremos una posible excepción a esta ausencia de hogares.

#### 4) El Departamento O: avance a su estudio

También con carácter preliminar presentamos a continuación algunos aspectos del estudio en curso sobre el conjunto de departamentos O-P-N, considerado representativo del total del yacimiento. La FIGURA 10 refleja un primer

recuento –a falta de la restauración de parte de los materiales– de la proporción de grandes grupos de formas cerámicas en O y P, según su capacidad y función previsible. Lo primero que salta a la vista es que en O predominan claramente las formas abiertas pequeñas (platos, pateras, cuencos), mientras que en P predominan los grandes vasos cerrados de almacenamiento –aunque debe matizarse que parte de esta estancia fue saqueada por excavadores clandestinos y por tanto los resultados pueden estar parcialmente sesgados por la desaparición de formas abiertas pequeñas–. En cualquier caso, una primera hipótesis sobre la relación entre las estancias que tenga en cuenta la abundancia de ánforas en una y su escasez en otra debe prever la posibilidad de que una (P) sirviera de almacén a la otra (O), considerando que en esta última podemos encontrar una serie de estructuras que denotan actividad productora. Hay además dos evidencias complementarias que apoyan esta idea: en primer lugar, la estancia P no tiene otra puerta que la que se abre a O. Las otras tres paredes se conservan con un alzado más que suficiente (hasta 1.80 m.) como para asegurar que no hubo ninguna otra puerta. En segundo lugar, por la posición en que se hallaron los materiales del Dpto. P hay indicios para inferir que, mientras que las vasijas mayores se asentaban directamente sobre el suelo, apoyadas contra las paredes, otras piezas menores y objetos no cerámicos debían estar colgados en la pared o colocados sobre estanterías dispuestas a lo largo de la misma. Una densidad tal de materiales apoyaría la idea de un almacén.

La estancia O (FIG. 6), de unos 15 m<sup>2</sup>, está delimitada al Sur por el potente muro 25, de hasta 140 cm. de ancho –tanto que podría ser interpretado como paramento defensivo–. Los otros tres muros de cierre están mucho mejor conservados en alzado, hasta una altura de más de 170 cm., y se construyen con un zócalo bajo de piedra irregular y un alzado de grandes adobes ocultos por varias capas de enlucido que originalmente fue blanco pero cuya capa exterior aparece ennegrecida por el incendio. Al Norte hay una puerta clara que da paso al Dpto. Ñ y al Este se abre otra que conduce, subiendo un escalón de piedras y adobe, al Dpto. P.

El recinto O presenta tres estructuras de interés que pueden definir su funcionalidad más como lugar de producción que de vivienda, en relación con los Dptos. O y Ñ que actuarían de almacenes.

En primer lugar, y de Este a Oeste, tenemos el molino circular al que se ha aludido antes, en cuyo derredor se halló gran cantidad de grano calcinado por el incendio que destruyó la habitación, parte molido en el canalillo de recogida, parte en cuencos y platos depositados alrededor (FIG. 10).

Antes hemos aludido a la inexistencia de hogares. Sólo en el centro del Dpto. O se halla una pequeña plataforma rectangular de adobe, de unos 80 cm. de largo por 65 de ancho y una altura de apenas 15 cm., que en uno de sus lados largos presenta un agujero circular de unos 30 cm. de diámetro por 38 de profundidad, excavado en parte en la roca y revocado con arcilla en el fondo. Sin embargo, dos circunstancias nos hacen dudar de su identificación con un hogar: ni la superficie del adobe estaba recocida y ennegrecida por efecto de la acción constante y repetida del calor, ni coincide con esa función la presencia del agujero que parece más un pequeño depósito para líquido que base de poste central –entre otras cosas no había ningún resto de madera quemada en su interior–. Si por otro lado la base de adobe hubiera sido un hogar y el agujero la base de un poste de madera, el fuego del primero hubiera incendiado al segundo.

Nosotros tendemos más bien a interpretar esta estructura en función del molino que hay al lado, quizá como plataforma para elaboración de algún alimento basado en la harina molida. En tal caso, el agujero pudo actuar como recipiente de algún líquido o sustancia oleaginosa.

Finalmente, en el extremo Oeste de la habitación, y alineado con la pared N-S, se halla un gran aljibe elipsoidal de casi dos metros de eje mayor por uno de eje menor y una profundidad de cuatro metros, revestido de enlucido hidráulico y dotado de un rebanco de decantación en el fondo, obviamente destinado a contener líquido, probablemente agua. Se halló relleno parcialmente por el derrumbe de vigas del techo y sobre todo por parte del alzado del muro 9, desplomado en grandes trozos de lienzo. Justo al Sur, y en relación aparente con el aljibe, hay otra pequeña pileta elipsoidal de poco más de 10 cm. de profundidad, cuya función nos es por ahora desconocida, aunque pudo formar parte de un sistema de recogida de líquido combinada con una función de rebosadero, todo ello en relación con el consumo pero quizá también con actividades “industriales” –incluyendo la alimentaria–.

Por si todas estas estructuras no plantearan suficientes interrogantes, el material hallado es abundantísimo y variado. La FIGURA 10 recoge sólo los materiales recuperados sobre el suelo y aproximadamente *in situ*, aunque a todos ellos hay que añadir el documentado en el interior del aljibe y todos los fragmentos y piezas recuperados en capas superiores removidas por el derrumbe, que también formaban parte del mobiliario de la habitación. Se aprecia no obstante la concentración de materiales en torno a la plataforma de adobe y el molino. Mientras que las formas abiertas grandes –lebrillos–, cerradas grandes, fusayolas y metal se concentran en el área central, en torno a la plataforma, alrededor del molino aparecen casi exclusivamente formas abiertas pequeñas, quizás destinadas a recoger el grano molido o a verter poco a poco el grano entre las muelas de aquél. Un estudio más detallado de la vajilla cerámica y de otros materiales no será sin embargo realizable hasta que todo el material se encuentre restaurado y dibujado, y por tanto disponible también para un estudio tipológico que incluya además las distintas categorías de cerámica (lisa, decorada, gris...).

##### 5) Sobre la interpretación del conjunto

Es todavía prematuro avanzar una conclusión sobre el carácter del conjunto de estructuras hasta ahora excavadas, pero los datos de que vamos disponiendo implican que nos hallamos ante estancias destinadas a almacenaje y labores productivas de transformación artesanal, porque en muchas de ellas simplemente no quedaría en época ibérica espacio suficiente ni siquiera para tenderse en el suelo. Esta especialización de funciones de las estructuras no sería tan extraña en un poblado de la segunda mitad del s. II a.C. como en uno del IV a.C., donde los departamentos multifuncionales parecen ser habituales, y podría coincidir con algunas de nuestras noticias indirectas en el sentido de que la zona “noble” del poblado –concienzudamente saqueada por los clandestinos empleado incluso máquinas excavadoras– se localizaría algo más al Este, constituyendo éste “el barrio artesanal y comercial”. Una posibilidad alternativa es que hubiera en estos departamentos pisos superiores donde se pudiera realizar vida doméstica (comida, sueño) –hecho para el que hay algunos indicios menores (VAQUERIZO, e.p.), aunque no restos evidentes como escaleras de obra–.

## V. PLANIMETRÍAS

Ya en otro orden de cosas, un equipo de dibujantes ha proce-  
dido a realizar y montar la planimetría definitiva de gran parte  
de las plantas y alzados –muros y perfiles– de la excavación. Ade-  
más de todas las figuras que han sido utilizadas para detallar  
aspectos concretos en apartados anteriores, incluimos aquí  
como avance las plantas del Sector Central (FIG. 3) y Sector  
Norte (FIG. 2), cuya relación se aprecia en la FIG. 36, y uno de  
los sondeos del Sector Sur al que nos hemos referido al estudiar  
los materiales procedentes de la prospección superficial de la  
ladera Sur del cerro. Aunque lógicamente una ampliación del  
área excavada, en especial entre los Sectores Norte y Central,  
podría mejorar nuestro conocimiento de la estructura del pobla-  
do, lo ya conocido nos permite plantear una ocupación densa  
de la superficie, confirmada en los distintos sondeos de los Sec-  
tores Este y Sur, así como una disposición de las estructuras en  
terrazas, aprovechando las curvas de nivel y picando o rellenando  
la roca con piedras para obtener superficies horizontales, de  
modo que incluso en una terraza dada las habitaciones conti-  
guas pueden estar a distintos niveles.

## VI. INFORMATIZACIÓN DE INVENTARIOS

Otra de las actividades llevadas a cabo durante la campaña de  
este año ha sido la informatización del Inventario General de  
materiales, completando la iniciada en 1989 y añadiendo la de  
1987. De este modo se han recogido en unos 1000 registros los  
materiales agrupados en bolsas durante la excavación y depósi-  
to. Este primer fichero general cumple simultáneamente tres  
funciones:

a) Control de bolsas, cajas e inventario durante la propia  
excavación, teniendo en cuenta el ingente volumen del mate-  
rial extraído, y redacción de un Inventario preliminar para el  
Depósito (bloques 1 y 2 de la ficha).

b) Facilita el recuento general de los materiales agrupados  
en grandes categorías. Permite una primera aproximación al  
estudio estadístico de materiales concretos y facilita enorme-  
mente la realización de planos de dispersión de material,  
recuento de tipos concretos, etc..., según se aprecia en las figu-  
ras que presentamos en el presente Informe Preliminar.

c) Se trata del fichero matriz de una futura red de bases de  
datos enlazadas por los campos del bloque 1 de información  
(Sector, corte, contexto...). Los ficheros secundarios estudiarán  
de manera detallada los distintos tipos de materiales (por ejem-  
plo, el de cerámica ibérica contendrá los criterios al uso sobre  
formas, dimensiones, técnica de fabricación, decoración, etc.).

El soporte lógico empleado ha sido DBase III+, gestor de  
base de datos cuya capacidad de almacenamiento y manejo de  
la información parece ilimitada, y cuyo crecimiento en forma  
de programas aún más potentes está asegurado (ya está en el  
mercado DBase IV). El soporte físico es un ordenador compa-  
tible AT con HD de 30 Mb, más que suficiente para las necesi-  
dades actuales.

## VII. ANÁLISIS DE MUESTRAS

No como “complemento indispensable” sino como parte  
integral de nuestro Proyecto de Investigación se ha planteado  
la realización de una amplia serie de análisis de muestras y  
estudios arqueozoológicos. Hasta el momento, y dadas las difi-  
cultades de todos conocidas, sólo contamos con los primeros

resultados del estudio arqueozoológico realizado por el Dr.  
Montero Agüera (Univ. de Córdoba) sobre los huesos recupera-  
dos en la campaña de 1985, pero en este momento está en  
curso o en trámite una amplia serie de análisis, que incluyen:

a) *Análisis antracológico* de muestras de madera quemada  
procedentes de distintos contextos de destrucción. Su objetivo  
es identificar los distintos tipos de madera empleados por los  
habitantes del poblado, por un lado como medio de estudiar la  
vegetación climax, y por otro para tratar de definir una posible  
especialización de los tipos de madera según la utilización  
documentada arqueológicamente (vigas para la construcción  
de tejados, suelos, etc.).

b) *Análisis carpológicos* de las semillas recuperadas en tor-  
no al molino del Dpto. O. (a cargo de J. Chamorro, CSIC). El  
objetivo inicial es doble: estudiar la paleodieta y precisar el  
estudio paleoambiental iniciado con los análisis antracológicos  
y edafológicos del entorno.

c) *Análisis de restos carbonizados* de cestería en fibra vegetal  
hallados en los Dptos. P y AB.

d) *Estudio arqueozoológico* del abundante material óseo  
recogido en el espacio S.

Cuando dispongamos de los resultados de todos estos análi-  
sis estaremos en condiciones de abordar con mayores garantías  
el estudio de aspectos tales como la paleodieta e incluso la  
reconstrucción paleoambiental durante el período estudiado,  
aunque con las innegables limitaciones que todavía supone la  
escasez de análisis publicados de este tipo que sirvan como ele-  
mento comparativo.

## VIII. RESTAURACION

A lo largo de los años anteriores, pero en especial durante el  
último, se ha trabajado en la restauración de los materiales  
hallados. Aunque la seguridad de que una elevada proporción  
de los fragmentos corresponde a piezas completas augura  
excelentes posibilidades para conseguir una tipología de for-  
mas completas sólo comparable a la que se conseguiría en una  
necrópolis, la misma masa de fragmentos cerámicos recogidos  
y almacenados (más de 40.000 en contexto) dificulta la tarea  
de reconstrucción de las piezas grandes, en especial ánforas y  
otros recipientes de almacenaje sin decorar. Sin embargo, una  
labor constante de restauración de la cerámica (aparte por  
supuesto de la imprescindible restauración de los materiales  
metálicos) permitirá no sólo el estudio de los tipos sino dispo-  
ner de un gran conjunto coherente de piezas atractivas para su  
exhibición.

## IX. CONCLUSIONES

En resumen, las distintas actuaciones llevadas a cabo duran-  
te la campaña de 1990 parecen consolidar y confirmar las hipó-  
tesis preliminares planteadas durante el trabajo de campo de  
años anteriores, aunque se introducen matizaciones nuevas.

En lo referente a la Cronología, se perfila una fecha de la  
segunda mitad avanzada del s. II a.C. para la destrucción del  
poblado. La aparición de algunos materiales de época romana  
altoimperial en la base del Cerro de la Cruz supone una nove-  
dad que por otro lado resulta lógica.

Por lo que se refiere a la extensión del poblado, estimada en  
unas 3 Ha. de urbanismo denso, ésta es algo más reducida de  
lo que en principio pudiera parecer, pero tampoco es de extra-  
ñar teniendo en cuenta la probable dependencia del yacimien-  
to respecto del cercano Cerro de las Cabezas y la relativa mar-  
ginalidad de la zona que ocupa.

El estudio de los tipos importados de cerámica no sólo ayuda a fijar la cronología, sino que tiene significado por sí mismo: la existencia de un repertorio limitado de formas (F 69L y 55L), que además son las que aparecen imitadas por artesanos ibéricos, nos habla de un comercio por lotes de material homogéneo y de variedad escasa, quizá traídos por pequeños comerciantes ambulantes.

Es difícil resumir en unas líneas el estudio sobre la funcionalidad de los distintos departamentos excavados, así como sobre las distintas actividades productivas llevadas a cabo en los mismos. Aparte de las conclusiones e hipótesis de detalle planteadas en cada apartado, conviene llamar la atención por un lado sobre la tendencia observada hacia la especialización de las distintas zonas de almacenamiento, y por otro hacia la

impresión general de que nos hallamos ante una zona especializada en labores productivas más que ante una serie de espacios multifuncionales de base doméstica.

Sin embargo, la enorme masa de material cerámico recuperado en las tres campañas de excavación sistemática efectuadas hasta ahora implica que sea imprescindible, antes de acometer nuevas actuaciones de campo que se orienten a resolver problemas de distribución de estructuras y espacios abiertos, continuar el estudio de gabinete de los materiales hallados con el objeto de no acumular una masa aún mayor de material mueble que desborde la capacidad de almacenamiento, restauración y tratamiento de que disponemos. En este sentido, los trabajos que hemos resumido y que todavía continúan son sólo parte de un proceso que debe continuar durante campañas venideras.

## Bibliografía

- ADANEZ PAVON, J.; HERAS MARTINEZ, C.M.; VARELA TORRECILLA, C. (1990) *Espacio y Organización Social*, Actas del Seminario "Espacio y Organización Social" (Madrid, 9-13 Mayo 1988), Madrid.
- ARANEGUI, C.; BONET, H.; MATA, C. (1981): "Dos piezas de cerámica no típicamente ibérica del Puntal dels Llops (Olocau, Valencia)", *Saguntum*, 16, 183-193.
- BELTRAN LLORIS, M. (1990): *Guía de la Cerámica Romana*, Zaragoza.
- BERNABEU, J.; BONET, H.; GUERIN, P.; MATA, C. (1986): "Análisis microespacial del poblado del Puntal dels Llops (Olocau, Valencia)", *Arqueología Espacial*, 9, 321-327.
- BONET ROSADO, H.; MATA PARREÑO, C. (1988): "Imitaciones de cerámica campaniense en la Edetania y Contestania", *A. Esp. A.*, 61, 5-38.
- BRONCANO, S. (1986): *El Castellar de Meca. Ayora (Valencia). Textos, E.A.E.*, 147.
- BURILLO MOZOTA, F.; SUS GIMENEZ, M.A. (1986): "Estudio microespacial de la casa 2 del poblado de época ibérica "Los Castellares de Herrera" de Herrera de los Navarros (Aragón)", *Arqueología Espacial*, 9, 209-236.
- CABRE, E.; MORAN, J. (1979): "Ensayo tipológico de las fibulas con esquema de La Tène en la Meseta Hispánica", *B.A.E.A.A.*, 11-12, 10-26.
- CABRE, E.; MORAN, J. (1982): "Ensayo cornológico de las fibulas con esquema de La Tène en la Meseta Hispánica", *B.A.E.A.A.*, 15, 4-27.
- CASTRO CUREL, Z. (1980): "Fusayolas ibéricas, antecedentes y empleo" *Cypsela*, III, 127-147.
- CASTRO CUREL, Z. (1986): "Avance de estudios cuantitativos y localización de pondera en asentamientos peninsulares", *Arqueología Espacial*, 9, 169-186.
- CRAWFORD, M.H. (1974) *Roman Republican Coinage*, 2 vols. Cambridge.
- CUADRADO, E. (1978): "Fibulas de la Tène en el Cigarralejo", *T.P.*, 35, 307-336.
- EIROA, J.J. (1989): *Urbanismo protohistórico de Murcia y el Sureste*, Murcia.
- FERNANDEZ MARTINEZ, V.M.; HORNERO DEL CASTILLO, E. (1990): "Análisis funcional de los recintos domésticos del poblado ibérico del Cerro de las Nieves (Pedro Muñoz, Ciudad Real)", en ADANEZ, HERAS, VARELA (eds.), 163-178.
- GRUEBER, H.A. (1910) *Coins of the Roman Republic in the British Museum*, 3 vols., Londres (reed. 1970).
- JUNYENT, E.; BALDELLOU, V. (1972): *Una vivienda ibérica de Mas Boscà*, Instit. Arqueología y Prehistoria de la Univ. de Barcelona, Publ. Eventuales núm. 21, Barcelona.
- LILLO CARPIO, P. (1981): *El poblamiento ibérico en Murcia*, Murcia.
- LLORENS i RAMS, J.M.; PONS i BRUN, E.; TOLEDO i MUR, A. (1986): "La distribución del espacio en el recinto fortificado ibérico de "Puig Castellet" (Lloret de Mar-La Selva, Girona)", *Arqueología Espacial*, 9, 237-256.
- LLORENS i RAMS, J.M.; PONS i BRUN, E. (1987): "Puig Castellet: un recinto fortificado ibérico", *Rev. de Arqueología*, 77, 29-45.
- MOREL, J.P. (1980): "La céramique campanienne: acquis et problèmes" *Céramiques hellénistiques et romaines*, Centre de Recherches d'Historire Ancienne (Besançon), vol. 36, pp. 86-105.
- MOREL, J.P. (1981): *Céramique campanienne: les formes*, Roma.
- MUÑOZ AMILIBIA, A.M. (1987): "Un ejemplo de continuidad del tipo de vivienda ibérica en el Municipio de Iponoba. El Cerro del Miguillar (Baena, Córdoba)". *Los asentamientos ibéricos ante la romanización*, Febrero 1986, Madrid, pp. 63-68.
- MURILLO REDONDO, J.F.; QUESADA SANZ, F.; VAQUERIZO GIL, D.; CARRILLO DIAZ-PINES, J.R.; MORENA LOPEZ, J.A. (1989): "Aproximación al estudio del poblamiento protohistórico en el Sureste de Córdoba: unidades políticas, control del territorio y fronteras", *Fronteras. Arqueología Espacial* 13, 151-171, Teruel.
- PITA MERCE, R. (1960-61): "Dos pesas de telar deocradas del poblado ilergete de "Els Vilans" en Aytona", *Ampurias*, 22-23, 311-313.
- QUESADA SANZ, F.; VAQUERIZO GIL, D. (1990): "Un proyecto de investigación arqueológica en Córdoba: Protohistoria y Romanización en la Subbética Cordobesa", *Anales de Arqueología Cordobesa* I, 7-52, Córdoba.
- RUANO RUIZ, M.E. (1989): "Conjunto de pesas de telar del Cerro de Pedro Marín (Ubeda la Vieja, jaén)", *Bol. Asoc. Esp. Amigos de la Arqueología*, 26, 25-33.
- VAQUERIZO GIL, D. (1985): "Excavación sistemática del Cerro de la Cruz (Almedinilla, Córdoba). Campaña de 1985", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, I,2, 319-322.
- VAQUERIZO GIL, D. (1990): "Novedades de Arqueología en Almedinilla (Córdoba)", *I Encuentros de Historia Local. La Subbética*, 61-77. Córdoba.
- VAQUERIZO GIL, D. (e.p.) *El yacimiento ibérico del Cerro de la Cruz (Almedinilla, Córdoba). Avance a su excavación arqueológica sistemática*, Córdoba.
- VAQUERIZO GIL, D.; QUESADA SANZ, F. (e.p.): "Informe preliminar sobre la excavación arqueológica sistemática en el "Cerro de la Cruz" (Almedinilla, Córdoba). Campaña de 1989". *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1989.
- VENTURA MARTINEZ, J.J. (1985): "La cerámica campaniense de la "Cuesta del Rosario" (Sevilla)", *A.Esp. A.*, 58, 41-68.